

RICARDO LEVENE

LOS ORIGENES

DE LA

REVOLUCIÓN ARGENTINA

(CONFERENCIA LEÍDA EN LA ASOCIACIÓN NACIONAL DEL PROFESORADO
EL DÍA 13 DE JUNIO DE 1909)

BUENOS AIRES

IMPRESA EUROPEA DE M. A. ROSAS, BELGRANO 1252

1910

RICARDO LEVENE

LOS ORIGENES

DE LA

REVOLUCIÓN ARGENTINA

(CONFERENCIA LEÍDA EN LA ASOCIACIÓN NACIONAL DEL PROFESORADO
EL DÍA 13 DE JUNIO DE 1909)

BUENOS AIRES

IMPRESA EUROPEA DE M. A. ROSAS, BELGRANO 1252

1910

LOS ORÍGENES DE LA REVOLUCIÓN ARGENTINA

DEL MISMO AUTOR

HISTORIA DE LA CIVILIZACIÓN (TRADUCCIÓN Y ADAPTACIÓN DE LA OBRA DE J. DE CROZALS)	2 tomos
LEYES SOCIOLOGICAS	1 »
LA AGONÍA DE GRECIA	1 folleto
LA HISTORIA ARGENTINA DE LOS NIÑOS (en colaboración)	1 tomo

EN PREPARACIÓN

LA DEMOCRACIA ARGENTINA	1 tomo
-----------------------------------	--------

Nada hay mejor para poseerse de la absoluta relatividad del criterio histórico, que estudiar el pasado reviviendo la época interrumpida, ocupar un puesto en la sociedad disuelta, provocar los acontecimientos en la intensidad de su estallido, destacando de la multitud obediente ó rebelde el perfil de los hombres ilustres que fueron sus héroes ó sus víctimas. Entonces, diría Taine, se está á punto de dirigirles la palabra en alta voz.

La evocación de la época deja ver que la metrópoli no es la alevosa responsable de nuestros errores que en virtud de una sucesión por tiempo indeterminado amenaza prolongar sus efectos más allá de una calculable cronología. Que los oficios de alcalde de los tradicionales cabildos se vendieran ó nó en subasta pública al mejor postor, nada tiene que hacer con el desprestigio de nuestra justicia de paz.

Para los pueblos como el nuestro que han vivido de prisa, los desgarramientos internos han sido los primeros efectos de la improvisación. Frecuentes conmociones han detenido las elaboraciones lentas y silenciosas, y cada alumbramiento parece efectuarse bajo el acicate del minuto urgente.

El concepto imperante en la época y no designios privativos, inspiró la política de España con sus colonias, y también con más absurda rigidez si cabe, la conducta de Francia, de Portugal, de Holanda y de Inglaterra.

El sonado monopolio comercial con sus funestos errores, que mereció no obstante un elogio del insigne economista Say, corría paralelo con la creencia de que el numerario hacía la riqueza de las naciones y España fué la primera víctima ingénua cuando vió que su metálico se volcaba en los mercados europeos.

Cincuenta años después de la publicación del libro de Adam Smith, «La riqueza de las naciones», Cisneros abrió el puerto

de Buenos Aires al comercio libre. España, como los pueblos contemporáneos de la época, no estaba preparada para ser con éxito un país colonizador; su expansión no respondía á una verdadera necesidad: «á una exuberancia de población, á crisis económicas ó persecuciones religiosas ó políticas», (1), que determinan los grandes éxodos, pero vinculando poderosamente á los hombres que fueran capaces con tales móviles de organizar vigorosas poblaciones flotantes. En vez de colonizadores en el moderno concepto, América tuvo aventureros; caballero andante que quiere el amplio escenario del océano ó cruzado heróico que viene tras el vellocino de oro que le ha cantado la leyenda como antes marchaba á Palestina á rescatar una tumba.

Los españoles se agruparon, se estrecharon en las ciudades, y no se dispersaron en la campaña para fomentar la explotación agrícola; pero en el Río de la Plata por una especial significación de la tierra, la ciudad es el crisol donde se opera un fenómeno trascendente de la historia colonial: la fusión de razas. Este hecho salvará por sí solo la colonización. El fracaso de las encomiendas, de las reducciones y de las misiones dependerá todo entero de creer en la eficacia teórica de las leyes. Y el hombre del porvenir, mestizo, mulato ó híbrido, comenzará á gestarse en el gran vientre de las ciudades coloniales, Buenos Aires, Santa Fé, Córdoba del Tucumán.

Entonces el comercio lucrativo estaba identificado con el concepto del monopolio y de las compañías privilegiadas.

La política colonial portuguesa está inspirada en el afán de acaparar con exclusión de otra potencia, el tráfico con los pueblos civilizados del oriente. El marino cartaginés, que refiere Strabon, apercebido de que le vigila un bajel romano, echa á pique su embarcación, seguro que sus compatriotas indemnizarán su sacrificio heróico, es este mismo marino portugués que da la vuelta al Africa, cauteloso, porque practica la teoría del «mar cerrado» que Grocio combatirá dos siglos después proclamando la libertad de los mares.

Holanda, Francia é Inglaterra disputan en el siglo XVII la dominación marítima. La compañía holandesa de las Grandes Indias, que fué el tipo de las compañías privilegiadas, forjó la

(1) Adam Smith, citado por Leroy Beaulieu, *La colonización en los pueblos modernos*.

edad de oro de Holanda y preparó la decadencia. En Francia, Richelieu inicia una política colonial que luego continuará Colbert fundada en el privilegio de las corporaciones. Las colonias inglesas se poblaron en gran parte con el habitante europeo, de tal modo que en este sentido fueron como la prolongación geográfica de la metrópoli: el colono no había emigrado para probar fortuna y habría ido á cualquier parte porque huía de la tiranía religiosa y política de Inglaterra y también de la gran crisis agrícola, breve pero profunda del siglo XVI, cuando las tierras de labranza se hicieron tierras de pastoreo. El gobierno de Inglaterra, recuerda Leroy Beaulieu, en materia de comercio y de industria fué de una inflexibilidad inexorable: era su política constante explotar sus posesiones de ultramar para exclusivo beneficio de los comerciantes de la metrópoli, «por el monopolio de su comercio y el transporte de sus productos».

Así, la política colonial de España fué la política de su época, que también arruinó á Portugal, á Holanda, á Francia, exceptuándose Inglaterra por circunstancias de otra índole y no en razón de un concepto avanzado de colonización.

Nada más aventurado que hablar de la «América Española» al referirse á su pasado ó á su porvenir involucrando en una peligrosa generalización distintas regiones, que aún en ausencia de otros factores tienen marcados sus destinos diversos por un determinismo geográfico que la inacción de los pueblos ha hecho fatal. Si se ojea la «Memoria de los Virreyes que han gobernado el Perú durante el tiempo del coloniaje español», de Fuentes, ó las relaciones de los Virreyes de Méjico, se siente la profunda diferencia entre aquellos gobernantes que exteriorizan con descaro la pompa de su lujo ante un pueblo de raza subalterna y los Virreyes del Río de la Plata, alguno poseído de inofensiva vanidad, pero talentoso, como el marqués de Loreto, también insignificantes como Melo de Portugal y Olaguer Feliú, otro que «al primer cañonazo de los valientes disparó ... con sus parientes» como cantaba la indignación popular, pero todos sobrios y discretos, como lo deja entender severamente el remate del moblaje de Cisneros al salir de las colonias, que no ascendió á 2588 \$, fuera de los

los tipos avanzados de la colonización de toda la América Española. Hay que retrotraer á este momento originario, el rumbo que después llevaron los sucesos: el espíritu individualista y guerrero de la raza ibérica, formado en la necesidad de la defensa contra los invasores, y que fecundó en América como espíritu de rebelión y de independencia, y la necesidad del trabajo común que fusionó las razas y niveló las almas, echando los gérmenes de una democracia inorgánica.

Pero Vértiz es el tipo del gobernante perfecto. Político de amplias vistas se complementaba á sí mismo: concebía el plan y era de una acertada actuación militante. Presidió el momento de transición más importante de la historia colonial argentina.

Sin animar á su espíritu con rebeldes y desleales intenciones, en quien prometiera caballerescamente su fidelidad al rey, es no obstante, en la administración de Vértiz, donde se opera una gran transformación: intensa jornada en que todas las fuerzas sociales se congregan en una conjunción como si los tiempos se condensaran y que tiene el significado histórico de una profunda evolución política, económica, intelectual y étnica.

Pero dejando actuar á los grandes factores sociales que hacen su obra en razón de una virtud intrínseca, la acción de los hombres se atenúa y se debilita. En último término todo puede depender del arraigo y de la intensidad de la tendencia histórica y de la superioridad y el genio del hombre. «Pretenden los sociólogos, dice Fouillée, que no existen teorías morales que hayan producido jamás en los espíritus revoluciones mentales análogas á la que resultó por ejemplo, de las doctrinas y enseñanza de Galileo. Eso es hacer demasiado poco caso de la doctrina moral de los Budas, de los Confucio, de los Jesús....» (1).

Pero en la historia argentina, no obstante ser de la ligera suavidad de los pueblos sin hondas tradiciones hereditarias, es difícil hallar el hombre superior al momento histórico, y en frecuentes casos es preciso invocar esta circunstancia para disimular sus errores. Triunfos personales que aparecen absurdos se legitiman por la virtualidad de una tendencia histórica.

De otro modo Quiroga desalojó á Rivadavia, Moreno y los

(1) Alfredo Fouillée, *Los elementos sociológicos de la moral.*

300 \$ de la venta de su único esclavo el pardo Mariano. (1)

La propia generalización se ha repetido con lo del «temperamento del pueblo español», cuando su verdadera patria era «el repliegue particular de los montes que formaba su mundo», (2), cuando en dolorosos desgarramientos buscaba organizar la unidad sobre la base movediza de la religión y para cuya suprema solución habría sido menester previamente consolidar la unidad étnica, rectificar la geografía de suyo disolvente y operar el verdadero proceso de reacción antifeudal.

El siglo XVII fué el siglo del absolutismo para Europa. La entidad pueblo no existe. Es menos angustiosa la situación del paisano de nuestras campañas á fines del siglo XVIII, que la del paisano francés, descripto por Tocqueville, que acechado por todas partes, nada puede hacer con su propio trigo que ha crecido bajo sus ojos y por obra de sus manos.

Bossuet derivaba de las Sagradas Escrituras toda una política de absolutismo de carácter divino para Francia; también Inglaterra, que tenía una hermosa tradición democrática y vió no obstante aparecer la dominación temporaria de los Estuardos; España recorrió esta curva que los pueblos describían penosamente desprendiéndose de su pasado feudal é iniciaban la centralización política que tenía su epílogo en el absolutismo.

El propio rey Carlos III, fué un déspota á su manera. Durante los 28 años de su gobierno su amplia acción alcanzaba á todas partes y caía en un absolutismo bienhechor. Con sus iniciativas liberales descalificaba la reverencia al clero, pero consolidaba la reverencia al rey.

(1) La diversidad geográfica de las colonias españolas de América significaba de suyo una diferencia en la potencialidad económica; mientras Méjico daba á la metrópoli 5.000.000 de pesos fuertes, Nueva Granada rendía apenas 400.000 duros y Cuba, Florida, etc., necesitaban del apoyo de España para cubrir los gastos de la administración.

Si hubo, á no dudarlo, causas comunes en la emancipación americana, como resulta de la uniformidad del régimen económico y político á que estaban sometidas las colonias y de la simultaneidad del movimiento, las diferencias entre ellas y también su distanciamiento, originaron factores peculiares de cada región, que pueden explicar por ejemplo, el triunfo definitivo de la Revolución del año 10 en el Río de la Plata, en tanto que España recuperaba, si bien momentáneamente, todas sus colonias de Méjico á Chile.

(2) Martín Hume, *Historia del pueblo español*.

Algo hay de sugestivo en este momento histórico. Parece ser la hora climatérica de las grandes transformaciones; la hora del «despotismo ilustrado» en que los reyes enseñan á los pueblos á hacer revoluciones: José II de Austria, Catalina de Rusia, Leopoldo de Toscana, Federico II de Prusia, Tanucci de Nápoles, Pombal en Portugal . . .

Contemporáneo de Luis XVI, Carlos III también buscó ensayar inútilmente la revolución pacífica.

La obra de Carlos III fracasó en España y la de Luis XVI coronó en la Asamblea Constituyente. La reacción antifeudal que la Europa comenzara en el siglo XIII parecía necesitar de un epílogo violento, no para improvisar bruscamente el nuevo estado de cosas, sino para definirlo mejor. Inglaterra había provocado, sin requerirlo con tanta premura, las revoluciones del siglo XVII; Francia la revolución del siglo XVIII y España, pareció poseída de esa angustia.

Así, las reformas de Carlos III solo sobrevivieron y prosperaron en América porque tenía la aptitud latente para fecundarlas y resulta absurdo pretender unirla á los destinos de la España de entonces, que solo mantenía sobre ella un imperio político y puramente formal, estableciendo una vinculación de solidaridad inexplicable, cuando América escribía su peculiar historia por una triple razón económica, geográfica y étnica. Nada sorprende que á la invitación pasada por Carlos III á las Universidades para mejorar sus instituciones, contestara la de Salamanca que «nada tenía que innovar y mucho menos en la enseñanza filosófica, en la cual jamás se apartaría de las opiniones de Aristóteles», añadiendo «que los sistemas de Newton y de Descartes, se conciliaban muy mal con la verdad revelada». Y mientras tanto el Cabildo eclesiástico y el secular de Buenos Aires, exponían en sus informes al Virrey Vértiz, «la conveniencia de no imponer sistema alguno determinado á los profesores de filosofía».

•

La mediocridad de los gobernantes de la administración colonial, resulta á veces por efectos del medio y del momento y la virtual insuficiencia de las cosas para definir una figura descolante.

Irala y Garay, con los elementos escasos del siglo XVI, son

primeros gobiernos con las ejecuciones de Cabeza del Tigre, de los vencidos en Suipacha y del conspirador Alzaga, prepararon el terrorismo de Rosas, y éste que plagiaba el origen plebiscitario del absolutismo de Napoleón, sería un precursor en la organización política argentina.

El espíritu revolucionario de Vértiz reside en su bien entendido liberalismo. Leyendo su «Memoria» se observa la presencia de un gobernante: su acción múltiple y nerviosa se refleja entera en ese documento donde se alcanza la eminencia de su obra calculando el vacío con que sus reformas reintegraron y completaron á una sociedad que vivía mutilada. Desciende á las funciones de modesto intendente y se remonta á altos pensamientos de gobierno. Reprocha la inacción de la Audiencia de Charcas, porque avisada á tiempo del descontento de los indígenas nada ha hecho para prevenir la sublevación de Tupac-Amaruc, convencido de que la pujanza de estos movimientos espontáneos que responden á sorpresas irritaciones, no se conjuran violentamente con las armas. Y en otra oportunidad, sabiendo de la vagancia de bárbaras tribus indígenas entre los ríos Paraná y Uruguay, «Vértiz no mandó fuerzas para hacerlas entrar en el deber de respetar lo ajeno», (1), sinó envió colonizadores que fundaron en el seno del desierto las poblaciones de Gualeguay, Concepción del Uruguay y Nogogá.

Dice del teatro «que es la mejor escuela para las costumbres, para el idioma y para la urbanidad general»; dice de la imprenta «que además de rendir algunos ingresos á la casa de exósitos, también proporciona al público los útiles efectos de la prensa». Reflexiona sobre política económica con argumentos que Belgrano recordara en los debates memorables del Consulado. De la escuela, dice como Moreno después, «que es no solo conveniente á muchos fines públicos que se aseguran con la buena educación del ciudadano, sino aun necesario en esta capital para refrenar los desconciertos de la primera edad y recoger su juventud dotada generalmente de claros entendimientos». Proyecta el plan de una Universidad en Buenos Aires donde se dicte una «enseñanza libre de preocupaciones de escuela», tal como Rivadavia la fundará medio siglo después.

(1) J. M. Gutiérrez, *La enseñanza superior*.

Uno le imagina volviendo apresurado de sus inspecciones por la ciudad, redactando un informe, impartiendo órdenes que era el primero en cumplir, y cuando la tarea había terminado, al declinar el día, se le evoca en antosalas gustando el diálogo de un ágape selecto: el P. Maziel, que expone sus observaciones sobre la juventud de Buenos Aires, inteligente, activa, que posee las nobles impaciencias del saber; Basavilbaso que propone fundar poblaciones en el Río Negro, establecer un Hospicio de Mendigos y uno de Reclusión Correccional de Mujeres en Buenos Aires; Labardén, en fin, que refiere la gestación de su tragedia, hija legítima de una nueva época, y deja escuchar el vajido del indio que llora la decepción de su amor no correspondido pero que le revela de una aptitud afectiva superior, ó elucubrando su Oda al «augusto Paraná, sagrado río...» que después publicará en el *Telégrafo*, divinizándolo, coronado «en el carro de nácar refulgente, tirado de caimanes recamados de verde y oro...»

Turgot no es menos revolucionario que Robespierre.

La acción de Vértiz trasciende y repercute. Un hilo de agua que nace de las secretas intimidades de esta época de preñez histórica, trabaja abriendo su cauce en la tierra que se parte al fin en el tajo fecundo.

La génesis evolutiva que se inicia es amplia é involucra las distintas manifestaciones de la sociedad colonial, que tiende paralelas las líneas del proceso.

Evolución política.— En el orden político la creación del Virreinato finaliza un pasado embrionario y anárquico é inaugura una época de centralización y de unidad. Lo dice elocuentemente la obra mediocre de los adelantados del Nuevo Mundo, de Méjico á Buenos Aires, que hacía manifestar al primer gobernador, Rodríguez de Valdéz, en carta al rey, «aquí falta todo lo necesario para el vivir humano»; la actuación desordenada de los gobernadores en los límites de sus jurisdicciones, imposibilitados políticamente para desenvolver un plan común que no olvidara consultar las peculiaridades nativas de cada región y tratara de aproximar, sin soluciones de continuidad, la colonización mediterránea y la del litoral que dividían el territorio en dos zonas diferentes. La fórmula virreinal, de vigorosa complexión, vinculando los distintos miembros de un mismo organismo buscaba fundar la unificación política. El

poder ejecutivo federal necesitaba crecer fuerte y enérgico, pero no despótico, para desparramar su acción hasta los confines del Virreinato. No había el peligro inmediato de un predominio monstruoso de Buenos Aires que absorviera la vida de las provincias, no solo porque esto se previno en una legislación posterior, que trataba de ponderar el equilibrio general, sino porque el litoral no era la región más rica, y allí estaban para impedirlo, Córdoba con su luminosa tradición universitaria, su aduana seca, centro de un activísimo comercio con el oeste y con el norte, el Alto Perú, con su docta Universidad, su Audiencia de gran prestigio y además asiento del arzobispado de La Plata, que habían creado una sociedad selecta y culta.

Los primeros gobiernos revolucionarios, que más acertaron en la obra de destruir el pasado que de edificar el porvenir, no necesitaron improvisar un poder ejecutivo, porque ya estaba hondamente arraigado y sustentado con la fórmula virreinal que se prolonga en la evolución política argentina, sufriendo, es natural, las rectificaciones que la adaptación histórica le imponen, ya encumbrándose hasta el «derecho divino de la Revolución», que dice Groussac, ya reduciéndose como en los días de la anarquía y de la disolución, pero siempre erguido y de pie, ostentando por lo menos un poder decorativo y formal. Si se reflexionara históricamente por las demostraciones al absurdo de las ciencias abstractas apenas se entrevé el giro sinuoso de los gobiernos argentinos si la organización de las colonias anteriores á la creación del Virreinato hubiera precedido directamente á la Revolución de 1810.

La constitución política de las colonias tuvo su complemento en la ordenanza de los intendentes, que esbozaron el perfil de las provincias argentinas destacando modestamente las autonomías regionales. Refiriéndose á esta ordenanza, cuya interpretación inteligente sabe hacer, Vértiz le deja manifestado al marqués de Loreto «que por medio de los mismos ingenieros y sus relaciones individuales, se informen particular y separadamente del temperamento y calidades de las tierras que comprende cada provincia, de sus producciones naturales en los tres reinos... de la industria y comercio...; que con todo cuidado y esmero solicita saber las inclinaciones, vida y costumbres de los vecinos y moradores de su gobierno... en

el concepto como afirmaba Cicerón de que ninguna cosa puede ser entendida ni tratada, cuyo objeto no fuese primero sabido de las personas que de ello hubieren de conocer».

Para ensayar una explicación histórica de las resistencias opuestas por las provincias Oriental, del Paraguay y del Alto Perú, á plegarse al movimiento revolucionario de Buenos Aires, no basta argumentar con el personalismo caudillesco de Artigas, la inexperiencia militar de Belgrano ó la proximidad geográfica del Alto Perú contigua á Lima, sino calcular la trascendencia de estas reformas políticas que parecían emancipar las adyacencias terminales de las colonias del Plata, y que inspiraba al fiscal Villota en el cabildo abierto del 22 de Mayo, equivocado en el sentido jurídico como rebatió Paso, la profunda afirmación en el sentido histórico de que el pueblo de Buenos Aires no era el pueblo del Virreinato.

Así, el pasado colonial de la administración de Vértiz,—el primer virrey, porque con Cevallos la nueva organización fué transitoria y militar—es el capítulo preliminar de la historia política de la República que durante cincuenta años está informada por las luchas de las provincias y de Buenos Aires, del federalismo y del unitarismo, de los congregistas y de los ejecutivistas, como observa Sarmiento, apoyada y fomentada por la geografía del país que fué un elemento de unidad en la nación, en cuanto «la aglomeración de los ríos navegables al Este se dan cita de todos los rumbos del horizonte para reunirse en el Plata, y la superficie de la tierra es llana y unida», (1), y que por la virtud de su gran extensión territorial sustentaba la constitución de núcleos orgánicos independientes.

Evolución económica.—En el orden económico no es menos fecunda la evolución que se inicia. La capital ubicada en Buenos Aires, creó una nueva situación de hecho y tuvo el puerto en la embocadura del Río de la Plata que abrió sus puertas al comercio exterior. La reforma económica se plantea en el reglamento de comercio libre que el progresista Cevallos proyectó, pero fechado á los 12 días de firmarse las Instrucciones para el gobierno de Vértiz, el 1º de octubre de 1778.

Desde este momento adquiere gran vuelo el verdadero comercio. El Bajo y Alto Perú, Paraguay, Chile, y las Provin-

(1) D. F. Sarmiento, *Facundo*.

cias de Tucumán y Cuyo enviaron por Buenos Aires sus riquezas y por ella se internaban los productos, llegados de los doce puertos de España habilitados para el comercio.

En esta oportunidad es fácil observar el acrecentamiento lento pero definitivo de la potencialidad del Virreinato. El factor económico comienza su obra de minero silencioso y revela su pujanza en ocasiones sucesivas que parecen jalonarse para probar su ascensión. A raíz de la promulgación del reglamento del libre cambio, hay un compás de espera impuesto por circunstancias ajenas: la guerra de España con Inglaterra y también los desgarramientos internos de la sublevación de Tupac-Amaru.

Para estudiar la evolución posterior de la causa económica de la Revolución Argentina, es preciso partir de la administración de Vértiz que le imprime su primer impulso, íntimamente vinculada con las etapas que le siguen desprendidas como un corolario de su esencia: con la administración de Arredondo que necesitó fundar el Consulado, erigiendo una institución que tratara exclusivamente de estas cuestiones, teatro donde se encuentran y chocan dos tendencias adversas, la de los monopolistas que están en mayoría y han votado que «los cueros no son frutos del país», y el secretario Belgrano que replica con argumentos que ha aprendido en la metrópoli al lado de Campomanes y Floridablanca; con la administración de Del Pino, en cuya oportunidad el tema palpitante ha buscado un escenario mayor, y en el periodismo que nace para discutir, como sus nombres indican, los asuntos económicos, irradia su interés en la masa de la población que se apasiona en la polémica. «Salga el Telégrafo —alcanza á decir el órgano de los monopolistas— y en breve establézcase la sociedad patriótica, literaria y económica que ha de adelantar las ciencias, las artes y aquel espíritu filosófico que analiza al hombre... Fúndese aquí ya nuevas escuelas donde para siempre cesen aquellas voces bárbaras del escolasticismo...»

No obstante, el factor económico no es exclusivo y su propio empuje obedece al desarrollo conjunto de los demás factores con los cuales mantiene los estrechos vínculos de una acción simultánea y paralela, respondiendo su predominio á la eficacia de concretar mejor el problema, tanto que al día siguiente de la invasión británica, Berresford decretó el comercio

libre, y durante los cuarenta y seis días de su gobierno efímero en que el Fuerte enarbola el pabellón inglés, la promesa no sedujo á los patriotas que se aprestaban solícitos á la Reconquista. Se aspiraba así á la libertad económica como parte integrante de la libertad política, no la que resulta de la amplitud de la ley, sino de la propia autonomía aunque fuera en detrimento de esa libertad. Así es cómo vuelve á plantearse el problema económico claramente expuesto esta vez en la «Representación de los Hacendados» que parece culminar esta la faz del proceso que se inicia con el comercio libre en 1778, prosigue en 1791 cuando el comercio comprendió la costa de Africa, en 1793 cuando los ganaderos consiguen libertad de salida para sus frutos, y que en el trienio de 1792 á 95 el comercio exterior se avaluó en 8.000.000 de pesos fuertes próximamente y el comercio interior era activísimo. «Mendoza expedía en el mercado central más de 7.300 barriles de vino por año; San Juan más de 3.000 barriles por año; Tucumán gran cantidad de sus cueros curtidos y sus tejidos, el Paraguay su yerba, su tabaco y maderas, vendiéndose más de 60.000 mulas con destino al Perú» según afirma Mitre.

Evolución étnica. — La hora también era propicia para acelerar la evolución étnica que había comenzado á gestarse en el Río de la Plata conjuntamente con la colonización. Esta circunstancia que creó después de tres siglos la sociedad del Plata, compacta y solidaria, organizada sin irritantes desigualdades ni aristocracias de híbrida filiación, esconde el secreto de la trascendencia de la Revolución argentina, que fué eminentemente popular. Moreno pudo ser su genio tutelar pero no su caudillo.

Masa homogénea que forjó una democracia incipiente, que fué después un torrente incontenible, y como si descendiera una pendiente, penetra y se interna en la historia patria; pueblo que carecía de capacidad política por ausencia de ejercitación funcional, y en vez de ensayarse en los comicios ó en las asambleas, se enroló necesaria y generosamente en los ejércitos para pelear por el triunfo de la revolución. Fué un signo de los tiempos el hecho de que el Colegio de San Carlos se destinara á cuartel de tropas... El mal era inevitable, pero fué previsto, y espíritus como Moreno intentaron reformas fundamentales. Era la democracia que habría hecho crisis tur-

bulenta, porque montoneros y caudillos son hijos legítimos de su época y de una democracia embrionaria que aspiraron á constituirla poseídos de un deseo instintivo é inorgánico pero sin la visión desinteresada y superior que hicieron nuestra breve Edad Media, no de federalismo, sino de feudalismo demagógico con tiranuelos populares.

A diferencia de las colonias del Plata, el resto de la América española tuvo como dos sociedades superpuestas que no se confundieron jamás y actualmente algunas repúblicas de Hispano-América están frente á la gravedad del problema como al día siguiente de la conquista.

No se trata de juzgar esta cuestión ó prejuicio de razas con un criterio lingüístico, antropológico ó biológico. Desde un punto de vista histórico-sociológico más amplio, la cuestión persiste en sus verdaderos términos, no entre razas fatalmente vencidas ó vencedoras, inferiores ó superiores, sino entre pueblos que no se han fusionado no obstante poblar una misma región.

Guizot siguiendo á Tácito y á Robertson ha formulado un paralelo entre los bárbaros germanos y los indígenas de América para convenir en la existencia de algunos sentimientos comunes y análogos. La sociedad romana del Imperio, mejor del antiguo mundo, bajaba la pendiente de una decadencia irremediable que buscaron conjurar con leyes y decretos y que hacía exclamar á Tácito «antes sufríamos enfermedades, ahora estamos enfermos de remedios»; esa sociedad recibió los gérmenes de una nueva raza que necesitó de una elaboración de diez siglos para organizar la Europa conforme al criterio de la fecunda diversidad feudal.

Falta aún el estudio de intensa psicología étnica que determine la proporción en que los elementos indígena y peninsular entraron en la formación del temperamento del nacido en la tierra. Entonces podría saberse si el sentimiento de libertad que fué el garbo moral del gaucho de las campañas es hijo del individualismo avasallador español, á su vez fruto del germano que la indolencia árabe atemperó, ó si deriva de la tierra y de su «planta hombre» autóctona, el indígena, que coincidía con la raza que renovó el Imperio romano en el siglo V, en su análogo espíritu de independencia personal, ó si en fin era resultante de los dos.

Sin caer en el elogio de los cabildos coloniales, mucho di-

cen en honor de las primeras agrupaciones populares los altivos movimientos de 1580 en Santa Fé y 1583 en Buenos Aires, que hacían escribir á un delegado del rey que los nacidos en la tierra «son amigos de cosas nuevas» y tienen «por uso repartirse entre ellos los oficios de la república como ser alcaldes ordinarios y regidores, alguacil mayor y menor, y están tan resueltos en ello que como son los más salen con lo que quieren» (1). La canalla argentina, según la expresión de Barco Centenera, habría de repetir después esta primera lección del valor que se ofrece al peligro despreciando el éxito: las revoluciones hechas en nombre de la soberanía popular, de Mompox y Antequera, el cabildo abierto del 14 de agosto de 1806, la revolución del 1º de enero de 1809, la del 25 de mayo del propio año en Chuquisaca y La Paz.

«... Y como son los más salen con lo que quieren». En verdad, eran los más. Si la eficacia de esa fusión de razas consistía en organizar una sociedad igualitaria, también preparaba en una finalidad trascendente, el peso abrumador de una gran mayoría.

El censo que Vértiz ordenó levantar en 1778 da para una población total de 24.200 habitantes en Buenos Aires, apenas 1.200 indios mestizos, 7.200 negros y mulatos y el resto eran habitantes de origen blanco.

Coincide con ésta época de las reformas políticas y económicas el sensible aumento de la población. La gobernación de Buenos Aires, que comprendía también la Banda Oriental, Entre Ríos, Corrientes y Santa Fé, contaba apenas con 37.000 habitantes antes de 1776, y en 20 años se triplicó la población y siguió creciendo, tanto que en las postrimerías del siglo XVIII alcanzó á 170.000 habitantes, como observa Azara. La población total del Virreynato era entonces de 600.000 almas y también en menos de 20 años, á principios del siglo XIX cuando la Revolución Argentina estalló, la población contaba con 200.000 habitantes más.

Ese aumento era un síntoma inequívoco de prosperidad; no era un efecto aislado. Resultante lógica de causas que la originaran, estaba en la evolución económica que aceleradamente se operaba; en la evolución política que era un derivado de

(1) Eduardo Madero, *Historia del Puerto de Buenos Aires*.

una organización administrativa más pertinente; en la evolución jurídica, que engendraba una libertad de hecho, propiamente dicha, que hace de este período un momento de transición en esa lucha sorda, como afirma García «entre el individuo y el estado, entre el derecho teórico y el que las fuerzas sociales desenvuelven» (1), y estaba también en la halagadora evolución intelectual que se iniciaba.

Evolución intelectual.—No es difícil observar un movimiento, perceptible aunque débil, de cambio de orientación espiritual. Durante la tradición colonial, el concepto del estado, de la religión, de la costumbre, se ha hecho un poderoso resorte de acción y gobierna las almas. Hay un soplo sutil que se filtra por los intersticios del viejo armazón del hogar, de la escuela, del templo.

La *gens* que retoñó en América en un exótico trasplante del derecho romano, en que la potestad paterna perseguía hasta sus últimos descendientes para revestir á la familia de cierta unidad que no conseguía la verdadera cohesión precisamente porque le faltó el nervio que fué su vida en el hogar romano, la disciplina, ha comenzado á aflojar sus débiles vínculos para terminar después en un completo relajamiento cuando ofrezca el singular espectáculo de partirse en dos, los progenitores vinculados á la metrópoli y los nacidos en la tierra, y sea la escena del hogar el primer campo de acción donde se libere la primer batalla.

El clero, pasada la hora de las intransigencias durante la conquista espiritual en su disputa con la colonización laica, los desgarramientos internos de su propio seno, entre dominicos, franciscanos y jesuitas, que evoca si bien en miniatura la intolerancia de las sectas religiosas que fecundó la reforma del siglo XVI y que llevaría á la libertad de cultos, le inspiraron un discreto liberalismo cuyo fruto más lozano y genuino, exponente de la época de Vértiz, es ese P. Maziel que sabe decir desde la cátedra cosas hondas y cosas sabias.

Entre nosotros, los frailes liberales fueron legión y actuaron en la labor anónima. «Como el autor tuvo la desgracia de delirar en materias religiosas—dice Moreno en el prólogo á la traducción del Contrato Social—suprimo el ca-

(1) Juan A. García, *La Ciudad Indiana*.

pítulo y principales pasajes donde ha tratado de ellas». Rivadavia que llegaba de la Europa liberal, y se la traía, según la gran frase, guardaba preferente respeto por su viejo maestro el presbítero Fernández. Vieytes piensa en ellos para desenvolver ampliamente el programa del «Semana-rio» y les dice «que sería de todo punto insuficiente si el celo conocido de nuestros párrocos no le diese todo el valor que le falta para con sus feligreses, haciéndoles entender prácticamente todo el pormenor de sus conceptos...» Son los mismos que interpretarán desde el púlpito los editoriales de Moreno y Montegudo, divulgando en el pueblo la cartilla de la democracia.

Después, la escuela. Diríase que toda la evolución del espíritu argentino está en síntesis en las transformaciones que van de las primeras escuelas que fundara Irala á la Universidad de La Plata de nuestros días. Importante sería su estudio encarado no como árida nomenclatura de nombres y de fechas, sino para marcar el rasgo sobresaliente de cada escuela y de su enseñanza, apreciar su fuerza expansiva y su significado moral. Entonces, como ahora, se observa si bien en esferas y grados diferentes, la magnitud del problema. Moreno anticipó en su decreto sobre la fundación de la Biblioteca Pública de Buenos Aires, el estallido anárquico de nuestras fuerzas históricas y ensayó conjurarlas inspirándose en un alto pensamiento educacional; Rivadavia que actuó en plena agitación de la anarquía, continuó la propia política educacional, aunque más brillante y decorativa, porque pudo preveer una nueva forma de nuestra demagogía, la tiranía, sustentada por el pueblo y consagrada en un plebiscito; Sarmiento, en fin, entendió consolidar la verdadera y profunda organización nacional sobre la base de la unidad moral y de la cultura del pueblo, y cuya fórmula conserva aún toda su virtud intrínseca, porque si entonces hubo que empezar por la ilustración de las ciudades, hoy apenas hemos iniciado la cultura de las campañas.

En Buenos Aires sobrevivía alguna escuela de niños, hasta que Hernando Arias de Saavedra fué de los primeros funcionarios en concebir la educación pública como un programa de gobierno. «Dió traça para que los hijos de la tierra tuviesen estudio y quien los enseñase y doctrinase, para lo cual hizo venir toda la gente de aquella comarca que vivía en los montes

y partes donde tenía mucha necesidad de este ministerio» dice el memorial de 1612.

La Universidad de Córdoba ha tenido una trascendental función histórica en el Río de la Plata. «Por su posición en el centro del territorio, y por el carácter tradicional de sus estudios, ningún instituto argentino está mejor colocado que éste para realizar la restauración del vínculo disuelto entre el presente y el pasado en cuanto al valor representativo de la nacionalidad misma. La revolución ha roto, sin duda, el lazo político, pero no ha podido destruir el hecho social y étnico sancionado por la sucesión de tres siglos. (1).» Arraigada en la tradición, la Universidad de Córdoba pudo ofrecer cuando la revolución conmovió bruscamente el escenario, en momentos en que la dispersión amenazaba, energía suficiente para mantener el equilibrio y la decoración de la unidad del organismo.

«Córdoba sólo, ha escrito el general Mitre en sus cartas, puede asegurarle todo el interior.... Recuerde usted que el general Paz, al frente de esa sola provincia cambió hasta cierto punto los destinos de la República cuando tenía por enemigo á todo el litoral, incluso Buenos Aires y hostilizado de cerca por enemigo tan terrible como Quiroga».

Si el índice de progreso de un pueblo solo se calculara por sus instituciones de enseñanza y á cada una de éstas fuera posible asignarles una función privativa, así como la Universidad de Córdoba mantuvo la unidad nacional que fué una obra posterior, yo diría que la obra previa, la de la libertad y de la independencia la hicieron en el Río de la Plata, la Universidad de Charcas y el Colegio de San Carlos.

La poderosa corriente civilizadora que bajaba del Norte se impregnaba de una grande unción al filtrarse primero por los claustros de la famosa Universidad. Aún no se ha hecho, ni siquiera esbozado, su estudio y el de su influencia en la evolución política argentina. Y en verdad que es sensible el vacío porque circunstancias bien sugerentes rodean esa Universidad; la sublevación de Tupac-Amaru, sofocada pero no extinguida en cuanto á la repercusión del movimiento; la revolución del 25 de mayo de 1809 de Murillo, Arenales y Monteagudo, sin referirnos al espíritu de amplia liberalidad que informaba

(1) J. V. González, *Educación y Gobierno*.

su enseñanza universitaria, clásica y moderna al propio tiempo, donde se alternaba las páginas literarias de Plutarco, las serenas de Tácito, las profundas de Cicerón, con la lectura de Adam Smith, de Rousseau, de Montesquieu; sin aludir tampoco á los que forjaron sus ideales al amparo de su sombra auspiciosa y que son los que después supieron hablar más claro y más francamente : Moreno, Monteagudo, Castelli, López y Planes....

«Hasta hoy, dice Vértiz en su memoria, y por no haberse formalizado la Universidad á que igualmente ha accedido el rey, están reducidos los estudios en el Colegio de San Carlos á gramática y retórica, filosofía y teología y una cátedra de cánones; y si aquellos insinuados motivos que conciernen á la común utilidad hacen tan recomendable este establecimiento y deben influir en todos para apoyarle y protegerle en V. E. (se refiere al marqués de Loreto, que no obstante hizo fracasar su proyecto de la Universidad) concurre el particular de su dedicación á las letras... que contribuirá para arreglar una enseñanza útil y libre de preocupaciones de escuelas . . . »

El biógrafo de Mariano Moreno, su hermano Manuel Moreno ha criticado el Colegio de San Carlos. «...Están reducidas sus lecciones, dice, á formar de los alumnos unos teólogos ignorantes que gastan su tiempo en agitar y defender cuestiones abstractas sobre la divinidad, los ángeles, etc., y consumen su vida en averiguar las opiniones de autores antiguos que han establecido sistemas extravagantes . . . »

Este juicio es inexacto. Ha podido observarse que Manuel Moreno hace referencia á los últimos años de vida del instituto, que desenvolvía precariamente una facción mediocre, «cuando la juventud era atraída por el brillo de las armas que habían producido nuestras glorias». (1)

Conforme con un pensamiento de crítica más moderna, para fijar la índole de enseñanza de un establecimiento educacional, no es suficiente juzgar los planes de estudios para formular objeciones logomáquicas que nada dicen de su esencia. Vale más saber de sus profesores y de sus alumnos, evocarlos actuando en la cátedra á los unos y seguirlos en su vida pública á los otros. Fueron directores y profesores en el Colegio de San Carlos, el P. Maziel, Juanzaras «modelo de inte-

(1) *La Gazeta*, de 13 de septiembre de 1810, citado por Gutiérrez.

gridad» como le llamó en su oración fúnebre el doctor Chorroarín, y éste que también fué rector, aparece firmando el acta del cabildo del 22 de mayo; el presbítero Fernández y muchos más. Y fueron sus alumnos, Rivadavia, López, De Luca, Agüero, Vieytes, Zavaletta, Castelli, Berutti, Belgrano, Saavedra. Bien ha podido afirmar el eminente Gutiérrez «que se educaron en el Colegio de San Carlos casi todos los hombres que encabezaron y sostuvieron la revolución y honraron á la patria con sus talentos».

Si en el colegio solo se formaban «teólogos ignorantes» como quiere Manuel Moreno, hay que pensar entonces que el ambiente social estaba cargado de nuevas enseñanzas y educaba mejor.

Es que todo lo estaba. Las aulas, el club, el foro, la milicia, respiraban un ambiente propicio, animaba en sus filas un espíritu nuevo y un aleteo de imprecisas anunciaciones operaba como una renovación y un advenimiento.

Era la poderosa aptitud latente que hacía triunfar en América la revolución pacífica de Carlos III, que Vértiz supo interpretar, y que parecía fundarse por una razón substantiva; la sociedad se definía en su capacidad orgánica para creer en los ideales superiores de la época; encarnando las ideas fuerzas del siglo que fueron un formidable resorte de acción en el mundo.

Si las administraciones posteriores hubieran sido de la estatura política de la de Vértiz, se tiene la impresión de llegar á la Revolución de 1810, suavemente, sin rupturas ni violencias, en una marcha regular en que el porvenir se desprendiera del presente en movimientos isócronos y acompasados.

Esta época es de transición y de evolución históricas. Entre los sucesos que giran y se encadenan, Vértiz perfila su silueta de acertado director. El rey le concedió el relevo que pedía con «muy honrosas excepciones» eximiéndole del juicio de residencia en atención á «su notoria integridad y justificación con que ha servido durante 15 años». Después buscó en Europa descanso á sus tareas y allí pudo apreciar de cerca las transformaciones sociales y políticas que la habían conmovido. Y en tanto las líneas que él había insinuado, se tendían indefinidamente y el porvenir se adelantaba con urgencia.

RICARDO LEVENE.